



LIBRO TERCERO.

VIDA DEL BEATO ALBERTO DE SARCIANO,

VICARIO GENERAL DE TODA
la Orden de N. P. S. Francisco:
y clarísimo Predicador
de Italia.

CAPITULO PRIMERO.

*PRINCIPIOS DEL BEATO ALBERTO
entre los Padres Claustales: Su tránsito à la Observancia
y maravillosa Predicacion contra
los vicios.*



De aquellas quatro racionales Pias, que llevaron por el mundo la gloria del Dulcísimo Nombre de Jesus, y de nuestra Seraphica Religion, fué vna el B. Alberto de Sarciano: Varon verdaderamente digno de hazer par en el Carro Triumphal de Dios con San Bernardino de Sena, de quien fué Discipulo; y con los gloriosos San Juan

de Capistrano, y San Jacome de la Marca; à quienes en lo mas arduo de sus empresas asistió como fidelísimo Compañero. Por esta razon nuestro grande Analista escribió con dilatada pluma las hazañas de este Varon illustre, esparciendolas por el Tomo Quinto de sus Anales: Yo, empero, necessariamente avré de dexarlas mortificadas en la estrechêz de Compendio; precisandome à la concisión la multitud de Varones, y Mu-

gc.

geres Venerables, que por sus virtudes, sabiduria, y milagros fundan derecho à nuestra memoria en la Chronica Seraphica.

Tuvo el B. Alberto su Patria en la Toscana en vna Villa del Obispado de Clusi, llamada, Sarciano: cuna tambien del Pontifice Pio Tercero, algunos años despues: que desde que el suelo de esta Villa dió à la Iglesia el gran fruto de nuestro Alberto debio de quedar facil à producir Heroes. Sus Padres (cuyos nombres callan los Historiadores, porque quizá la pobreza dexò desconocidos) descubrieron su piedad entregando su hijo en la edad mas tierna à los Religiosos Claustales de N. P. S. Francisco, para que cuydassen de su educacion. A las luzes de esta, llegó à conocer Alberto muy demañana los peligros del mundo; y deseo de huirlos, antes que le avissassen los encantamientos, pidió el Abito de la Conventualidad, en que hizo su Profesion. Con la experiencia, que los Religiosos tenían del buen ingenio del Joven, le aplicaron al estudio de las lenguas Latina, y Griega, debaxo de los celebres Maestros Guerrino, y Chrysóloro, que florecian entonces en Italia con voz de los primeros hombres de su Facultad. Lograron ambos en el nuevo Discipulo su magisterio tan gloriosamente, que llegó à excederles, dando de esta verdad testimonio sus escriptos; en cuya consecuencia, corriendo los años, sirvió nuestro Alberto de Interprete común à Griegos, y Latinos en el Concilio de Florencia, como diré despues mas de proposito. Dueño ya de ambas lenguas, prosiguió el estudio de la Phyllosofia, y Theologia; en que no menos descubrió la eminencia de su ingenio, que la de su virtud; porque siendo sus aplausos vniuersales, hazia de ellos materia para la humildad; y

esta, como realce de la sabiduria, daba nueva materia para mayores aplausos.

No se atareaba tan afanosamente à los libros, que no dexasse desembarazada buena parte de la noche para el empleo de la oracion mental; de donde saliendo encendida la voluntad, y despavilado el entendimiento; bolvian ambas potencias con mas claridad, y ardor à las especies del estudio. Estudiaba, no para subir, sino para saber; y anhelaba saber, no para henchirse de ciencia; sino para llenarse de sabiduria, con que edificar à los proximos. Al passo que era humilde, le daba muy en rostro el pomposo fausto de aquellos Doctos, cuyas letras hazen mas ruido, que fruto; y siendo solo admiracion de los simples, suelen fervir à los euerdos de risa, y casi à todos de escandalo. Sabia, que entre los libros; al calor del estudio, no pocas vezes le fomentó la polilla de la soberbia; que pasando casi imperceptiblemente al cotrazon, le rõe, ò le deslustra lo mas estimable de sus prendas: y para prevenir el Servo de Dios, tan lastimoso peligro, trabajaba por no salir jamás de las cenizas de su conocimiento propio. Rebolvia muchas vezes en su memoria, con la debida ponderacion, aquella Maxima del Espiritu Santo: *In malevolam animam non introibit sapientia; neque habitabit in cor; post subdito peccatis: No entrará la sabiduria en el espíritu malevolo, ni habitará en el cuerpo esclavo de sus vicios.* Con vencido de esta verdad, traia perpetuamente crucificada su carne con austerísimas penitencias, en disciplinas, silicios, ayunos, y vigiliass. Pero à lo que mas se cargó, fué la mortificacion passiva de los sentidos; pueras de comercio, por donde no pocas vezes ha entrado al Alma la muerte, distraçada en las hermosas aparien-

rien.

riencias del chiste. Cautelaba el Siervo de Dios este riesgo, no quitando jamás de los sentidos el recato, y el temor santo; como el que sabia, que à la fidelidad de estas guardas, ni se atreven los contravandos del amor propio, ni los desafueros del apetito. No fue menor su aplicacion al estudio de la pobreza, que prescribè nuestra Evangelica, y Apostolica Regla, como caracter propio de los Hijos de San Francisco: y deseoso de ser Hijo de tal Padre, se portaba en todo extremadamente Pobre. Los enñanques que avian dado à nuestra Pobreza las glosas de los Relaxados de aquellos tiempos en la Conventualidad, traian oprimido el coraçon del Siervo de Dios; por cuya razon començò à meditar en passarse à la Observancia, que estava entonces en lo mas vigoroso de sus regularidades. Bien digerida la resolucion, y consultada con los Prelados (para que no se atribuyesse à ligereza de animo, lo que era impulso del Espiritu Santo) hizo su transito à la Observancia año del Señor de mil quatrocientos y quinze, à los treinta de su edad.

Entre los Observantes tuvo la buena suerte de hallar tesoro de Amigos fieles en San Bernardino de Sena, y San Juan de Capistrano, que ambos vivian entonces en nuestra Familia. No muchos años despues entrò tambien en ella el B. Jacome de la Marca: y con todos se coligò el B. Alberto, para hazer guerra à los vicios, y defender el partido de las virtudes. Corriendo con estos tres Gigantes de santidad el B. Alberto el nuevo estado de su vocacion, fueron sus passos tan hermosos, y felices, que ni se quedó atrás, ni dexò de hombrear con ellos.

Luego que passò à la Observancia, començò su predicacion; y la prosiguiò con tales credits de Orador

Christiano, que aun en concurrencia de los tres referidos Santos, se llevó nuestro Alberto la gloria de *Rey de los Viajeros Predicadores de su siglo.* Ni se debe olvidar tan glorioso epitheto, sabiendo (como testifican los Historiadores, y se ve patente en sus escritos) que predicaba en este Siervo de Dios la gravíssima eloquencia de San Leon, para deleytar: la sutil, y claríssima doctrina de San Agustín, para enseñar: y el espíritu Christiano de San Pablo, para mover. Arrastraba tras sí Pueblos, y Ciudades enteras, que le seguian de vnas à otras partes para oírle; quedando siempre mas sedientos de las puras aguas de su doctrina. Sus Sermones eran por la mayor parte en campo abierto, para dar así lugar à la exorbitancia de los Auditorios, que muchas vezes llenaron el número de cincuenta, y sesenta mil personas: aunque el fruto, que en estas ocasiones hizo en las Almas, no tiene numero.

De sus Sermones solia ser comunmente el assumpto la Adoracion del Dulcísimo Nombre de JESVS, con el Thema del Apostol: *In nomine Iesu omne genu flectatur.* De este Divino centro sacaba todas las lineas de sus discursos, enderezandolas con tal destreza à la persuasion de las virtudes, y reprehension de los vicios; que era aun mismo tiempo admiracion de los Sabios, luz de los ignorantes, consuelo de los afligidos, aliento de los virtuosos, y terror de los infernos.

El Principe de ellos, Luzbèl, viendose tan quebrantado, así por la virtud, como por la predicacion del B. Alberto, cavilò mil maquinias, fraguadas en su iniquo pecho, para quitarle la vida, ò à lo menos para impedirle el fruto de los Sermones. Con este designio, estando el Siervo de Dios predicando en los Campos de Milán à vn Auditorio de sesenta mil oyentes; tomò el maldito la terrible

figu-

figura de vna bestia, que pareciera ciervo, si la corpulencia no fuera tan descomunal, que excedia la del camello mas basto; y si los bramidos, y fiereza, con que amenazaba, no fueran mayores, que de irritado toro. A la vista, y amenazas de tan monstruosa fiera, se començò à descomponer el Auditorio; pero el Siervo de Dios, que conociò luego con luz Divina la estratagemas del maldito; le mandò imperiosamente en el Nombre del Señor, que se detuviese. Obedeciò mal de su grado el rebelde espíritu, porque no pudo resistir à la virtud de tan terrible, y santo Nombre: y el B. Alberto, convirtiendose à los oyentes, dixo: Carísimos Milanefes, no temais, que esta horrenda bestia, que tenéis à los ojos, es el demonio; cuya malicia, no pudiendo sufrir vuestra conversion à Dios, ha intentado por este medio impedirla. Mas para que su astucia quede burlada, enfalgado el Divino poder, y calificada mi verdad: Fiera insaciable (prosigniò, fixando en ella la vista) yo te mando en el Nombre de JESVS, que al punto te precipites en los abyssos. No hubo distancia del mandato à la execucion, desapareciendo el maldito entre espesos humos. Los oyentes quedaron llenos de vn genero de pavor, que se daba la mano con la compuncion santa; y valiendose el Siervo de Dios de ocasion tan oportuna, continuò el Sermon con imponderable fruto.

Mas no porque en esta ocasion fuè cogido el demonio en sus mismos lazos, dexò de porfiar con obstinada malicia, en impedir los efectos de la Divina palabra, sembrando su zizaña en los coraçones de los oyentes, para que aborreciesen al Predicador. Reprehendia este los vicios con aquella santa libertad, que infunde el Espiritu Santo en los Varones verdaderamente

Apostolicos: y el demonio trabajaba en persuadir, à fuerza de ocultas sugestiones, ser esta libertad vna descarada, audacia, disimulada en el nombre de zelo. Vno de los que mas diron à entender este sentimiento, fuè el Duque de Milán, Francisco Esforcia; llegando à tan alto punto su desvario, que se quexò agriamente del Siervo de Dios à los Superiores para que le corrigiesen. Bien conocian estos la sinrazon del Duque; porque les constaba, que la doctrina del B. Alberto era general contra los vicios, sin tocar en lo particular de las personas: mas para cumplir con el Principe previnieron al Siervo de Dios, pudiese cuydado en medir de tal suerte sus reprehensiones, que no lastimasse la buena opinion de alguno. Respondiò el Siervo de Dios, protestaba la sanidad de su intencion, y el deseo del acierto; pero que en el punto, que se le prevenia, no tenia libertad; porque, no él, sino el Espiritu de Dios era quien hablaba en él. Confirmòse esta respuesta por el efecto: porque en el siguiente Sermon asediò con mas arrebatada libertad, que nunca, aquellos vicios particulares, en que estava comprehendido el Duque. Y como los criados suelen vender por fidelidad à sus Amos los desafueros, con que les lisongean el gusto; resolvieron los del Duque en esta ocasion dar sacrilega, y alevosa muerte al B. Alberto. Horrorizóse el Christiano Principe con la noticia de resolucion tan infame, y tocado ya de las luzes del desengaño, reprehendiò con toda la voz à los criados, concluyendo la reprehension con estas palabras: *Dexadte, dexadte, que ès Santos; y mientras yo no cumpla con la obligacion de Principe, cumplirà Fr. Alberto con la de Predicador, en reprehenderme.* Desde este dia quedó el Duque tan afecto al Siervo de Dios,

que

que no solo sepultó en profundo silencio sus passadas quejas, sino que cooperó en quanto pudo al buen logro de los Sermones; los cuales se continuaron toda la Quaresma de aquel año, con el copioso fruto que significa el mismo Siervo de Dios al fin de su Tratado, *De Conditione Amicitiae, & de malitia invidentia*; dirigido à Thomàs Bibio, natural de Chipre.

No predicó con zelo menos ardiente, ni con efectos menos felizes en el Ducado de Ferrara, donde corría sin rienda la defemboltura en la profanidad de los trages. En las mugeres, en quienes debiera señalarse mas el recato, era mayor el desorden; y como si estudiassen en dexar à la vanidad del presente siglo exemplares de profanidad en la falda (que el vulgo llama *cola*, y aora la usan, ò abusan las mugeres en las basquiñas) así las arrastraban entonces; arrastrando tambien así para la perdicion innumerables Almas; no de otra fuerte, que la cola del Dragon arrastró del Cielo para el infierno la tercera parte de las Estrellas. No dexaba de conocer el B. Alberto como docto, y como prudente, que la superfluidad del ornato en vna Oficiala, podía ser decencia del estado en vna Princesa: pero sabía tambien como experimentado, que si en las Princesas no se cercenaban estas decencias, sería imposible cortar de raiz aquellas superfluidades del vulgo de las Oficialas.

Nil aliud, Princeps clarissime velim, nisi pro te ipso, primum omnem sanctimoniam puritatem, nitorem morum, & tui tuendi nominis, conservandaque fama omnia praeclara praesidia: Pro tuo autem populo, institutiones sanctissimas conservari, & novas (quoad per te fieri potest) quotidie augeri;

qui-

Por esta razon, y aunque las reprehendia en el Pulpito con severo zelo, y formidables amenazas, no se persuadió à que tendria el deseado efecto, mientras la autoridad del Principe no entrasse la mano en el reforme de tan perjudicial abuso. Cò este motivo se estrechó con el Duque à privadas conferencias sobre el punto; y pudo tanto la eficacia de su persuasion, que ganó publico Decreto, en que debaxo de gravissimas penas se prohibia la falda, ó cola de las basquiñas à todas las mugeres, sin exclusion de estado, ò calidad alguna, desde la mas vulgar, hasta la de superior esfera.

Dexando por este medio deserrado de Ferrara tan perjudicial abuso, pasó à Padua, donde llegó à sus oidos cierta voz, de que à instancias de las Señoras de la primera calidad de Ferrara avia revocado el Duque el Decreto expedido. Sintiólo el Varon de Dios con el dolor, que era justo; y aunque no dió todos los oídos à la noticia, no la desprecio tampoco tan del todo, que para mayor consistencia del Decreto no escribiese à Leonelo, hijo del Duque (que à la sazón se hallaba en la peregrinacion de Loreto) la siguiente Carta. Pongola en vno, y otro Idioma; para que los Doctos vean la eloquencia de este Orador Christiano, y los que ignoran el Latin no dexen de admirar su discrecion, y espíritu.

Ninguna otra cosa quisiera yo, Clarissimo Principe, sino que principalmente, por lo que mira à tu particular, se hallasse en ti toda pureza de santidad, todo esplendor de costumbres, y todas aquellas illustres prendas, que ayudan à conservar, y defender la buena fama de tu nombre. Mas por lo que toca à lo comun de tu Puebló, deseo grandemente, que las Santissimas Leyes establecidas se guar-

guar-

quibus & fræna perditis adhibeantur; & bonis ad virtutem aditus latissimè pateat. Hec idcirco dixerim, quoniam ad me nuper nescio quis rumor, vinam inanis attulerit, eas leges, quas dixeras Caudarias à Patre tuo, ut aiunt, muliebri importunitate devicto, ante sua peregrinationis profectioem abrogatas fuisse. Alij verò contra tanta illum dicunt constantia in sententia persistisse; ut quantumlibet nobilibus Viris pro sœminis suadentibus, nec adboram quidem in hoc dedecus, non modo seditatis, sed levitatis assentiri: si tamen aut Nobiles, aut Viri habendi sunt, qui ad levitatem sœminam satiamdam ab honestorum morum firmitate desciverint. Addunt quoque plerique (quod praeclare virtutis est) eum, quem dixi Patrem tuum, non iam amplius supplicantium muliercularum molestias ferre valentem, Viris, & mulieribus adversantibus respondisse: Si qua est mulier, quae se malam haberi velit; aut si quis est maritus, qui malit scortum suam coniugem, quam vxorem putari: ijs caudas duntaxat ferre concedimus. Ceteras veto & graves, & honestas Matronas portare caudas prohibemus etiam edicto publico. Quippè, quas etiam statuta iam per nos poena subijci volumus

Parte V.

guarden, y que (en quanto te sea posible) se añadan otras nuevas, que sirvan de freno à los perdidos, y dexen desembarazado, y patente à los buenos el camino de las virtudes. Esto he dicho, porque ha llegado à mis oidos no sé qué rumor (ojalà no tenga fundamento), de que tu padre, vencido (como dicen) de mugeriles importunidades, abrogó, antes de partirse à su peregrinacion, aquel Decreto, que tu llamabas, *de las colas*. Otros, por el contrario, afirman, aver permanecido tan constante, y de pie firme en su sententia, que ni por breve tiempo se blandió à consentir en tal indignidad; verdaderamente indecorosa, no solo por lo que tiene de sea, si no tambien por lo que tiene de liviana: y esto, interponiéndose por parte de las mugeres con persuasiones repetidas nobles Varones; si es que se deben tener en reputacion de nobles, y de Varones, aquellos que por condescender en todo con la ligereza mugeril, desatienden, y desamparan la firmeza de las honestas costumbres. Añaden tambien los mas (lo que es ciertamente propio de vna clarissima virtud) que tu mismo Padre, cansado ya de los impertinentes clamores de las mugercillas, respondió à estas, y à todos los que se oponian à su Decreto: *Si ay alguna muger, que quiera ser tenida por mala; ò si ay algun marido, que quiera sea su muger reputada por publica Ramera, mas que por muger propia suya: A estas solamente concedemos facultad, para que arrastren colas en las basquiñas. Empero à las demás graves, y honestas Matronas se lo prohibimos con el rigor de publico Edicto.*

T

asse-

mus, si secus quam statuerimus facer cause fuerin. O vere praeclearam vocem, & Christiano Principe dignam! que viros effeminatos perculit, & muliebrem repulit impudentiam; que stabilis sententia lata firmitatem ostendit; immo grauis animi testimonium, & ad reliquos emulanda virtutis exempla transfmisit. Quale enim esset, mi Leonelle Charissime, vi lex heri lata, hodie abrogaretur? Nonne, & maiestatem leuitatis, & conscientiam criminis argueret, &c.

Con esta diligencia dió el Siervo de Dios nueva firmeza al Edificio; cuyo fin se logró tan á satisfacción de su zelo, que no solo quedó desterrado el abuso, sino que muchos Jovenes, y Doncellas, bolviendo las espaldas á la vanidad, se aseguraron de sus peligros en la Religion. En solo vn Conuento de Clarissas consagró á Dios cincuenta Virgenes, aviendo corrido su dotación á cuenta de Principes; y otros Bienhechores, de quienes el Beato Alberto lo sollicitaba. A estas Doncellas asistia con caritativo zelo, encaminandolas ya en el Confesionario, ya en las Pláticas espirituales á lo supremo de la Divina vnion. Haciendo vna de estas pláticas en el Covento de Bolonia, donde se hallaba Santa Catalina, se arrebató el Santo de el terror de el espíritu; y llevando tras el suyo el de las oyentes, estuvo pre-

asegurando, que si se atreviesen á obrar lo contrario de nuestro Decreto, queremos estén sujetas á las penas que tenemos determinadas. O! reólucion illustre, digna verdaderamente de vn Principe Christiano! que á vn mismo tiempo hiere afrentosamente á los hombres afeminados, y tiene á raya la desemboltura de las mugeres: que ostenta la firmeza del Decreto establecido; y sobre todo esto, dexa á la posteridad vn parente testimonio de animo graue, y vn vivo exemplo de virtud, digno de la emulacion de los Principes. Porque, mi Caríssimo Leonelo, qué seria si la ley, escrita de oy, se borrasse mañana? Ciertamente no serviria esto fino de arguir á la Magestad de ligereza; y á la conciencia de crimen.

dicando sin interrupcion por quatro cabales horas; en cuya ocasion sucedió el prodigio, que referiré en esta Quinta Parte en la vida de la misma Santa Catalina, Libro Quarto, Capitulo Octavo.

Tuvo tambien singular gracia el Beato Alberto en pacificar discordias, arrancando de el coraçon odios envejecidos. Son publico testimonio de esta verdad las solemnes Capitulaciones, que se guardan en Brixia, hechas, y autorizadas á influxo de el Siervo de Dios por la Republica de Venecia, en ocasion, que los Brixienles estaban embueltos en sangrientos rencores, y desesperada la composicion. Cooperaron al buen logro de los Sermones los milagros en que fué muy esclarecido; como lo testifica Nuestro Venerable Gongaga por estas palabras: B. Albertus à Sarriano, miraculis clarissimus.

Lo

CAPITULO II.

DE LOS DOCTISSIMOS TRATADOS, que escribió el Beato Alberto: Su Predicacion, Legacias, y Conversiones de Infieles en Egypto, y en las Regiones de Orienta. Buelvia à Italia, y sale San Bernardino à recibirle con circunstançias dignas de notarse.

Desconoce el amor no solamente al odio, sino tambien al ocio en los Amantes de Dios; porque como siempre buscan para su Amado aquellos bienes, que rara vez, ó nunca consiguen á medida de sus intentos: jamás llegan en esta vida á la ocasión del descanso. Los frutos, que el Beato Alberto cogia de su predicacion en la Italia; aun siendo tantos como hemos visto, no eran bastantes á llenar los espacios de su zelo; por cuya razon, puestos los ojos en todas las Almas redimidas con la Sangre de Jesu Christo; anhelaba con avaricia santa ganar á todas, para que no se malvaratase en ellas, el precio de tan copiosa Redempcion. Estas ardientes ansias le traian en continuo movimiento, haziendo guerra á los vicios, ya con la voz en los Pulpiros; ya con la pluma en varios Tratados, que (segun el testimonio de nuestro illustre Analista en el Tomo: De Scripturis Ordinibus) son los siguientes:

1. Tractatus 1. De Penitentia.
2. De Eucharistia Sacramento.
3. De Conditione amicitie, & de malitia invidentia.
4. De Humili Patria, quæ nil nocet ad vitæ vitam.
5. De Insolentibus corripiendis.
6. Apologia in Martyrum vituperatores ad Eugenium IV. Pontif. Maximum.
7. Sermo habitus in Comitibus generalibus Ordinis.
8. Epistola selecte, ad prædictum Eugenium.

T 2

nium

Lo mismo dicen, sin especificar los milagros, nuestras antiguas Chronicas. Tampoco señalan (aunque afirman aver sido muchos) los Hospitales, que á influxos del zelo de este gran Varon se erigieron, para recoger los Niños expósitos; y desamparados: A la Familia de la Observancia; y á la Orden de las Clarissas, tambien añadió algunos Conventos con las gruesas limosnas, que le ofrecian exponeramente las principales Ciudades de Italia: siguiendo en esto el Beato Alberto los passos de sus tres illustres Compañeros San Bernardino de Sena, San Juan de Capistrano; y San Jacomé de la Marca: sagrada liga, todá terrible para el infierno por el empeño de sus designios; que eran sollicitar la mayor gloria de Dios; y bien de las Almas, por quantos medios imaginaban conducentes á este fin.

(S)



Parte V.

nium Pontificem, & ad varios Antifites; maxime ad Arimuensem, Eugenio ab intimis consilijs.

Otros papeles sueltos escribió tambien, condenando à rostro descubierro la demasiada licencia, que se tomaron algunos celebres Escritores de su tiempo, para esparcir libros perjudiciales à las honestas costumbres. Vno de estos Escritores fuè Antonio Panormitano, cuya eloquencia, y erudicion acreditadas en otras Obras de juycio, se infamaron bastantemente para con los Varones doctos, y honestos en vna Obrilla, que intitulò, el *Hermaphrodita*. Estaba esta Obrilla sembrada de aquellos picantes, y sutilezas, que la gente de poco seso suele celebrar con vanas ponderaciones como flores del ingenio; no siendo en la verdad sino espinas, que hieren

Nunc vero quod luctuosissimum est, quis nisi iniustus equo animo ferat? Cum apud plerisque illorum, qui literis expositi haberi volunt usque adeo præstantia eruditionis flagitiorum labe permixta sit, & tantis libidinosarum sortium spurcitij, ac face corrupta, nec minore superbie tumore cæcata, ut omnem studiorum, artium, doctrinarum, ac præsertim eloquentie splendorem, & copiam tunc recte, & solum videantur assequi, si honesta omnia præceptorum documenta ad licentiam impie maledictionis traiciant, aut ad proccacitatem detestande temeritatis traducant; aut denique ad magistrorum nefande eruditionis, & sedam luxuriam alterna corruptionis convertant. Hi profecto ignari sunt, eruditionem, ac vo-

de muerte la honestidad, y penetran el coraçon de los desengañados. El Siervo de Dios, luego que tuvo noticia de tan perjudicial desorden, tomó la pluma, para escribir contra él; y tanto mas presto, y santamente eslando, lo puso en execucion, quanto le avia ya enseñado la experienciã del Confessionario el estrago que iba haciendo en la incauta juventud. Conseguido, en fin, se recogiese el librillo; y en la Carta que à Christoval Arimuense escribió, concerniente à este punto, se queixa de semejantes Escritores, con tan vivos, y graves sentimientos, que pueden servir aun tiempo mismo de luz, y de freno, para ingenios ciegos, y desbocados. Por esta razon me ha parecido conveniente trasladarlos aquí, no sin esperança de complacer à los doctos virtuosos.

Aora, pues (dize) quien, sino vn perdido, podrá llevar en paciencia lo que es digno de llorarle con lagrimas del Alma? Porque entre los mas de aquellos, que en las letras quieren passar plaza de cultos, anda tan mezclado el primor de la erudicion con la fealdad de criminosas torpezas; y està tan corrompido con la horrorosa ianmudicia de obscenas sensualidades; ni menos ciego con la vana hinchazon de la soberbia: que les parece aver llegado à lo summo de las Artes, Ciencias, y Estudios; y principalmente al esplendor, y copia de la eloquencia: solo quando tuercen todos los honestos documentos de los Mandamientos fantos à vna impia; y descarada soltura de lengua maldiciente; quando los alargan à la desvergüenza de temerarias desembolturas; ò finalmente, quando los convierten en escuela publica de erudicion detestable, con que vnos à otros torpissimamente se manchan. Estos ignoran del todo, que la fableduria, y el furio de leyte, siendo, como son, extremos

re-

lupriatem, duas res repugnantes, nullo modo posse coniungi; nedum apud Christianos (quos Deus haud quaquam in immunditiam, vt tuba illa Evangelij Paulus Apostolus aperte testatur, verum in sanctificationem vocavit) sed ne apud Gentilium quidem quosdam præclariores, qui ex communi vulgi errore in aliquam veritatis lucem emeruisse, atque evasisse crediti sunt. Est enim nonnulla, etsi non integra laus, vitia nostra pudoris velamento protegere, qua passim effusa possunt cæteros ingentis iacturæ collusione nefaria violare; obtesta verò, quamvis se desperatius nefandissimis flagitijs dedunt, nequaquam alios maiore damnatione corrumpunt. Solum enim crimen Hæreseos est, cuius labe, quo secretius serpit, eo non tam motum, quam fidei ædificia demolitur, & fundamenta veritatis vertit.

La fama de estos escritos, al passo que concitó contra el Beato Alberto el odio de los Emulos, le ganó las mayores estimaciones del Papa Eugenio Quarto, expressando el subido concepto, que tenia formado de este Varon illustre, en dar à su virtud, y fableduria gran parte de los mayores cuydados de la Iglesia. Teniale por su Theologo, y Consultor; y despues de averle constituido Predicador Apostolico contra los Turcos, y Comissario de la Santa Sede, para traer à su obediencia muchas

Parte V.

repugnantes, de ninguna manera pueden andar juntos: no solo entre los Christianos (à los quales no llamo Dios para la immundicia, sino para la sanctificacion, como abiertamente testifica aquel clarin del Evangelio San Pablo) pero ni entre los mas illustres Gentiles, de quienes sabemos, que desembrazados de las tinieblas de vulgares errores, llegaron à salir en parte à las luzes de la verdad. Ni dexa de ser alguna, aunque no cabal; à labança la cautela en el pecar, cubriendo con el velo del recato la fealdad de nuestros vicios; porque si se derramàran à cada passo en la publicidad; pudieran no sin grave derriemento encenagar à muchos con la bascolidad de las torpezas abominables. Pecando, empero, recatadamente, aunque los miserables se entreguen despechados à immundissimas torpezas; al fin, ya tienen de menos perjudiciales el no inficionar con el mal exemplo à los otros. Solo en el crimen de la Heregia es lo peor lo secreto; porque mientras mas à lo escondido; cunde como fuego sòrdido; tanto con mas fuerza cècha por tierra los edificios, no solo de las virtudes, sino de la Fè Catholica; y traorna, arrancandolos de su asiento, los fundamentos de la verdad.

personas Ecclesiasticas, que à devocion de algunos Princeses Seculares avian seguido el partido del Antipapa Felix: le creò su Legado con plenitud de potestad en todas las Regiones de Egipto, y las Orientales; principalmente en las de Palestina, Armenia, Ethiopia, y la India. Las Bullas, en cuya virtud obtuvo el Beato Alberto todas estas Legacias, son diez y seis; que todas se guardan authenticas en el Archivo del Convento de N. S. P. S. Francisco de Citoño, pequeña Villa de la Tòs-

T 3

ca-

cana. En todas las Bullas le honra el Pontifice con encarecidos elogios de su virtud, zelo, y sabiduria; y con el titulo de *Legado de la Silla Apostolica en las Regiones del Oriente*. Vea el curioso à nuestro grande Analista al año de mil quatrocientos y treinta y nueve, numero treinta y quatro. Era el fin del Papa en esta expedicion la reduccion de los Cismaticos à la vnidad de la Iglesia Romana; y el Beato Alberto, con el deseo de cooperar à tan santos, y justificados intentos, rubricando (si necesario fuese) las verdades de nuestra Santa Fè con la sangre de sus venas, admitió gustoso las Legacias. Para su mas conveniente conducta le señaló el Papa quarenta Compañeros de la Regular Observancia de N. S. P. S. Francisco, sugetandolos en todo à la obediencia, y direccion del Beato Alberto.

Leno de zelo, y de caridad Christiana, dió principio à la expedicion, embarcandose en Venecia para Jerusalem, à donde llegó con prospero viage. Fuè recibido con mucha honra, como Legado del Papa; y tuvo tan buena conducta en esta Santa Ciudad, que en pocos dias dexò concluidos para el fin de su Legacia gravísimos tratados con los Cophtos, que eran ciertas Gentes de Egipto, derramadas por la Syria, y sus confines. De Jerusalem pasó à Egipto, en cuyo camino le sucedió vn caso milagroso. Hallaronse èl, y algunos de sus Compañeros, perdidos en vna de aquellas bastas, y horrorosas soledades: y aviendo andado por ellas dos dias continuados en busca del camino, no pudieron dar con èl, ni con persona de quien tomar lengua. Faltóles al mismo tiempo la comida, y la bebida, cuya falta, ni aun con

vervas se podia suplir en aquellos aridos desiertos. Por esta razon, persuadidos todos à que era necesaria su muerte à manos de la necesidad, no pensaban, sino en disponerse para morir. Caído en el suelo el Beato Alberto (porque de flaqueza no podia ya tenerle) levantò los ojos al Cielo; y aviendo primero hecho cargo al Señor de sus antiguas misericordias, y de la palabra empeñada à Nuestro Serafico Padre San Francisco, para el focorro de sus Frayles: concluyó su amorosa queja, diciendo: *En fin, Señor, yo aqui muero gustoso, por cumplir vuestro beneplacito; pero en verdad, que no me será posible executar el mandato de vuestro Summo Vicario, ni podrè reducir las Almas errantes al conocimiento de vuestra verdad*. Apenas articuló estas palabras, quando de repente vió junto à sí vn Mancebo de peregrina belleza, que, despues de averle saludado en Lengua Toscana, le puso la Mesa en el Desierto, y en ella exquisitos manjares; con que quedaron todos los Religiosos fortalecidos, y regalados en el cuerpo, y en el espíritu. Luego que el Beato Alberto comenzó à comer, le dixo el Joven: *Sabe que no ay razon alguna para desconfiar de la Misericordia, y Providencia Divina. Yo, yo mismo soy aquel, que à mi Siervo Francisco prometí para sus Hijos el alimento en tiempo oportuno: ni tu has visto jamás en esta Religión al Justo desamparado, ni que alguno de sus Frayles aya perecido por falta de sustento*. Dixo, y dexandolos informados del camino, y llenos de celestiales delicias desapareció.

El Beato Alberto, despues de aver dado rendidas gracias por el favor recibido, proseguió con nuevo espíritu sus jornadas en profecucion de

de su santa empresa. Llegó al Gran-Cayro, donde tuvo benigna acogida del Soldan, à quien pidió salvo-conducto, para pasar à la Ethiopia, y à la India. De primera instancia le incluyó el Soldan à concederle el Passaporte, movido de la pacifica humildad, y suavidad de palabras, con que el Santo Varon se le pidió: pero consultado el punto con sus Aulicos, acordaron no se le debía conceder. Instaba el Siervo de Dios en sus pretensiones, las que pudieron costarle la vida; porque instigados del demonio los Barbaros, comenzaron à sospechar, que aquel empeño de pasar à Regiones enemigas, no podia ser sino secreta inteligencia contra su Imperio. Dieron cuerpo à la sospecha, viendo que el Siervo de Dios introducía Platicas concernientes à la Fè de Christo, con oprobrio de la abominable Secta de Mahoma: y por vna, y otra razon, trocando el Soldan en furor toda la benignidad, con que hasta allí avia tratado al Beato Alberto, hizo le pusiesen en rigurosas prisiones, y fulminó contra el sentencia de muerte. Estendióse la voz por toda la Ciudad; y aviendo llegado su noticia à los Mercaderes Christianos, que comerciaban en aquellas partes, se conuiniéron en rescatar la vida, y libertad del Siervo de Dios à precio de dinero. Juntaron à este fin vna summa grande, con la qual se fueron à la presencia del Barbaro. A su vista descubrieron el oro, primero que el intento; como los que sabian quantà era para conseguir intentos imposibles la eficacia del oro, aun en corages menos barbaros. En fin, con la dorada eloquencia de sus manos ablandaron los Mercaderes la dureza del Soldan, de modo, que no solo revocó la sentencia, sino que

admitió à su antigua amistad al Bendito Legado, concediendole amplia facultad, para que anduviese libre por toda la Syria, y Egipto; con tal, que no passase à la India, ni à Ethiopia. El Varon de Dios, sin darle à entender executaria su orden, le agradeció el favor, y proseguió sus jornadas por los dominios del Soldan, predicando libremente à Jesu Christo en todas partes. Aviendo llegado à los vltimos confines de Egipto, resolvió, despreciando peligros, entrar en la Ethiopia, para cumplir el mandato del Summo Pontifice. Huviéralo executado así, si à la primera jornada no le asaltáse vna grave enfermedad, que padeció con admirable paciencia en el desamparo de aquellas Naciones Barbaras. Viendose imposibilitado de executar por sí la Legacia en la India, y Ethiopia, substituyó dos de sus Compañeros, embiandolos à los Principes de vno, y otro Imperio, con las necesarias Instrucciones para el logro de los fines deseados.

Convalécido el Siervo de Dios de su enfermedad, volvió à las tareas de su zelo, siendo impoederable el fruto, que à costa de inmensos trabajos, cogió en todas estas Regiones por el espacio de dos años, que anduvo en ellas. Fortaleció en la Fè à los Catholicos, que baciaban; alumbro de sus errores à muchos ciegos Cismaticos; convirtió muchos Gentiles; y finalmente logró el fin principal de su Legacia en la reduccion de los Jacobinos. Compotian estos vna numerosísimas Secta, que se estendia por la Syria, Mesopotamia, Egipto, Ethiopia, y otras Regiones de el Oriente: y llamabanse *Jacobinos*, de Jacobo Syria, Autor de sus ceguedades. A estos, pues, persuadió el Beato Alberto, debian vivir vni-

dos al Cuerpo de los demás Fieles, debajo de la Suprema Cabeza de la Iglesia, que lo era el Pontífice Romano: para cuyo efecto embiaron sus Legados, y Oradores al Concilio de Florencia; hasta donde los conduxo el Siervo de Dios; con fina puntualidad, y caritativo zelo.

Antes, emperó, de llegar à Florencia el Beato Alberto, salió a recibie le su Maestro el Glorioso San Bernardino de Sena. Y porque en este recibimiento passaron cosas dignas de nuestra memoria, y que ceden en gloria de ambos Santos, me ha parecido no dexarlas en silencio. Sucedió el caso de esta manera: Despues de aver atrabessado el Beato Alberto con la Comitiva de Legados, y Oradores Jacobinos toda la Grecia (donde de passo dexò fundados tres Conventos de nuestra Obervancia) entrò en la Italia, aportando en Ancona. Aqui tenia prevenidos Comisarios el Pontífice, para que en su nombre recibiesen à los Estrangeros con toda solemnidad, y los comboyassen hasta el Concilio; cuydando, que todas las Ciudades del transito hiziesen lo mismo. Llegaron à Cortona, donde en cumplimiento del orden Pontificio, salió à recibirlos toda la Ciudad, alargandose de los muros la distancia de mil passos, hasta el Convento de nuestra Obervancia, en que à la fazon se hallaba enfermo el Glorioso San Bernardino de Sena. Regocijòse el espíritu del Santo, y Venerable Anciano, noticioso del arribo de su Hijo Alberto con el feliz exito de su Legacia; y aunque se hallaba tan quebrantado, no quiso negar à Hijo tan benemerito el obsequio de salir à recibirle, ni à sí mismo el

confuelo de verle. A este fin hizo que le acomodassen en vn humilde jumentillo; y aviendo caminado en el corta distancia, se encontró con toda la Comitiva de Legados, y Oradores, que todos venian à cavallo. Enmedio de ellos traia el lugar mas digno el Beato Alberto, como quien representaba la persona del Papa: y en esta consideracion no era su cavallo el menos decente. Al mismo tiempo que San Bernardino, y llegó la turba del Pueblo al Beato Alberto, aclamando en altas voces sus virtudes, y arropellandose vnos à otros con el ansia de tocar siquiera la fimbria de su Abito: que estando allí San Bernardino, à quien Italia veneraba por su Apostol, es argumento notable de la relevante fama de fantidad de este Varon de Dios. Ponderaba para consigo el Santo Maestro tan superiores honores de su Discipulo; y cautelando no se le mareasse la cabeza entre tanto estruendo de aclamaciones, le dixo en voz alta desde su jumentillo: *Alberto, Alberto, pon los ojos en tus pies, para que la rueda de tanto aplauso no te engria el corazón: y acuerdate, que eres polvo, para no dexarte llevar del viento.* Apenas oyò estas voces el humilde Discipulo, quando se arrojò del cavallo, para besar la mano à su Santo Maestro, como lo hizo; instandole juntamente para que le dexasse el jumentillo, y el subiesse en el cavallo. Escusòse San Bernardino con tanta humildad, como prudencia, diciendo: *A vno, y otro nos es decente, que procedamos así: en el cavallo tu, y en el jumentillo yo. Vienes tu en esta función como Legado del Summo Pontífice, cuya autoridad te dispensa el precepto de andar à pie; y cuyo título te haze digno de las honras, que te ofrecen: yo empero salgo à recibirte como Hijo de San Francisco,*
humil-

humilde, pobre, y enfermo: y en esta consideracion nada me está mejor, que el desprecio del jumentillo. Lo que sin duda importa à los dos, es, que guardemos libre el corazón del contagio de la vanidad; por que como à ti puede inficionarte con la gloria de verte mas honrado; à mí se me puede introducir con la complacencia de que me tengan por mas humilde. Oída esta doctrina, dixo el B. Alberto, clavando los ojos en la tierra: *Por la Misericordia Divina, en todas las horas de este mundo siempre tuve presente mi vileza; y nunca dexè de cantar en mi corazón aquel Verso de David: Non nobis, Domine, non nobis; sed nomine tuo, da gloriam; No à nosotros, Señor, no à nosotros, sino à tu Nombre sea dada la gloria.* Con esto prosiguieron la entrada en Cortona, donde festejaron à los Siervos de Dios, y à los Estrangeros con especiales demostraciones de piedad Christiana. Años despues, en el mismo sitio donde se encontraron los dos Santos, levantaron los Contonentes vna Hermita, en cuyo Altar colocaron las Imagenes de vno, y otro; para que no borrassse el tiempo memoria tan venerable. El B. Alberto diò glorioso fin à su Legacia, dexando a los Jacobinos en Florencia, para la asistencia del Concilio, en que se efectuò la vnion de ellos con la Iglesia Romana: aunque durò esta vnion muy poco, por la inconstancia, y fugeliones de los Griegos. Lo que conduxo à tan gloriosos fines la asistencia de este Venerable, y Doctisimo Varon en el referido Concilio, consta, así de la Oracion, que hizo en el Andrés Abad, como de las *Simulatores sanctitatis, latores errorum, sceleribus implicati, perverse agentes; absque virtute, sine scientia, impudentes, insolentes, animo impotentes; superbi, qui nulli subesse velint, & patrem spernentes magis preesse cupiunt.*

Letras del Patriarcha de Alexandria à Eugenio IV. y de otras Letras de este Pontífice: que todo fe puede ver en el Tomo Sexto de nuestros Anales à los años de mil quatrocientos y treinta y nueve, y mil quatrocientos y quarenta y vno.

CAPITULO III.

ZELO DEL BEATO ALBERTO POR el mayor esplendor de nuestra Familia.

Dignidades que en ella obtuvo: Su muerte, y revelacion de su gloria.

DE mas que infieles califica el Apostol San Pablo à todos los Maestros, y Doctores, que abandonan con reprehensible negligencia el cuydado de sus domesticos; siendo, como son estos, los que en concurrencia de los estranos tienen el primer derecho à su doctrina, y abrigo. El B. Alberto, que traxo siempre escrita en el corazón Maxima tan Christiana, de tal fuerte servia con su talento à los de fuera, que no olvidaba los de su Casa, y Familia. La de la Obervancia, de quien era Hijo, padeció en su tiempo gravissimas perlecuciones de la emulacion; especialmente de Poggio Brandolino (por Florentino es conocido de todos) cuya facundia, tan fácil en decir, como en morder, se enfangrentò notablemente contra los Obervantes, desfogando todo su encono en vn papel, que diò al publico, lleno de mil dicitrios, indignos à la verdad de Lombre tan eloquente. Dizia con impiedad, que (exceptuando vno, u otro) eran los Frayles de la Obervancia: Artificiosos Hypocritas, Correos de errores, embueltos en maldades, perversos en todas sus obras; faltos de virtud, llenos de ignorancia, delvergoados, insolentes, flojos de animo; lobervios, que no querian sufrir la fujecion, y que despreciando la igualdad, anhelaban embiciofamente las Prelacias. EL

Estas, y otras injurias, con que maculaba Poggio en su papel el candor de nuestra Familia, llegaron à manos del B. Alberto; y pareciendole, estaba en el caso, y en la obligacion de responder al necio (segun la Maxima del Espiritu Divino) dandole con su necedad en la cara, para que no se tuviese por Sábio; tomó la pluma, y escribió contra el papel vna doctísima Apologia. Algunos pedazos de ella copia en sus Anales nuestro Wadingo, à fin, de que se vea la altísima perfeccion de la Observancia en aquellos tiempos, y con quanta razon, fortaleza, y energia sacó la cara este Varon insigne por la defensa de su Madre. Estos mismos motivos me determinan à dar aqui alguna parte, de lo que alli trasladó el gravísimo Analista. Escribiendo, pues, nuestro Alberto al erudito Nicolás Niccolo, que fué el que puso en manos del Siervo de Dios el mordaz papel de Poggio, para que dixesse acerca de él su sentir: dize estas palabras con rigurosa puntualidad traducidas: Confieso ingenuamente me ha parecido nuestro Poggio, no digo algo mas libre, y suelto en su papel, que lo que sufre la modesta circunspeccion de vn Cristiano, y Religioso: sino mas atrevido de co- raxon, mas defenfrenado de lengua, y mas ligero de pluma, que lo decente à la gravedad de vn Varon atento, y erudito. El ciertamente contra los Siervos de Dios bibra los filos de su eloquencia con tan libertad, tanta soltura: y con tanta mordacidad, y arrojó fulmina su lengua contra ellos, que, segun me parece, no solo hago juycio despedaza con sus injurias à los innocentísimos Siervos de Dios de la Observancia, y à todos los demás: pero aun he llegado à temer para mi con gran- dísimo fundamento, no sea que

por la autoridad, y eloquencia de este hombre (si anduviere su papel entre manos forasteras de la Religión) aborrezcan sin el menor reparo à los mismos Religiosos, y los menosprecien con vilipendio. Y aun mas: (que será perjuycio mas grave) temo no delvie poderosamente de la vocacion Religiosa à muchos Seculares, que quiza están deseando con verdaderas ansias salir de entre las turbulentísimas tempestades de este proceloso mundo al puerto seguíssimo, y santísimo de la Religión. En esta consideracion debo creer, que ni à mí dexará de ser decente este genero de defensa, que por la Religión he resuelto tomar à mi cargo: ni à nuestro Poggio debe ser molesto, el que yo, no contra él (porqué esta carta desde luego la facúdo de mismo en favor de la verdad, de la Religión, y de todos aquellos, que ante dando el tiempo, acaso leerán estas letras: me detenga vn poco, cargando la consideracion no tanto en la defensa, quanto en la alabanza de todos los Siervos de Dios.

Caprada así la benevolencia, y propuesto el intento, se convierte al mismo Poggio, recargandole sus dicitos, y arguyendolos de falsos, impios, escandalosos, y descarados; cuentan inconcusas razones, y solidísimos textos de las Escrituras Santas; que le dexa lleno de confusion, y sin voces para la respuesta. En fin, templando armoniosamente la modestia con la fortaleza, y la humildad con la justicia, concluye su Apologia, derramandose, como quien canta la victoria, en gravísimos elogios de los Observantes sus Hermanos: entre los quales vivian San Bernardino de Sena, San Juan de Capistrano, San Diego de Alcalá, el B. Jacome de la Marca, el B. Pedro Regalado, el B. Jacobo de

de Primadicijs, el B. Marcos de Bolonia, y otros muchos, que resplandecieron entonces en virtudes, y milagros, y aora gozan de solemne culto. Dize, pues, así el B. Alberto, foliando el raudal de su eloquencia, en que anegó todos los dicitos de Poggio: Y aora, porque no juzgarás tu, que deben ser tenidos en summo honor aquellos, que à la verdad en mi sentir obran cosas dignas de sí mismos? A sus amigos, gratos; para sus enemigos, sin ira; solícitos de los peligros agenos, sin dexar de cautelar los propios. Que purgados de las terrenas heztes, condenan lo que fueron de la vida eterna aman lo que han de ser: hazense Juezes severos contra sus passadas culpas; danse festivos parabienes por aver escapado de la grande tempestad, y turbulentas olas de este inquieto siglo: y su animo elevado del superior à todas las potestades de la tierra; con tal resolucion se entregó al cultivo de la virtud, y justicia, que olvidando lo bueno passado, y estendiendose à lo mucho que resta por hazer, llega à serles tedio la vida, y regozijo la muerte. El oro reputan por lodo: los dorados artesones, matizados de talladas rosas; los retreres embutidos de lustrosos marmoles: todo se representa fealdad al desengaño de estos hombres; cuya vnica empresa es, que los vicios, ni los rindan, ni los dominen; sino al contrario, vencer ellos à los vicios, peleando gloriosamente. De aqui nacen aquellas amargas lagrimas, con que andan siempre llorando la perdicion de los pecadores; aquel tener à raya, y sujetera la vida animal con durísimos frenos de continencia. Los sentidos, que con halagueñas blandu-

ras traydoranamente suaves; fácilmente se dexan prender; de tal suerte los castigan, para que no se rindan al importunísimo dominio de los deleytes: que trabajan con todo esfuerzo, clavados en tierra los ojos, para huir el blandísimo contagio de los Theatros, y todo aquello, que puede deleytar la vista. Anteponen la aspereza à la suavidad; y aun la misma delicadeza de las sonoras voces, y la mayor dulçura del canto, no pueden sufrir sin mortificación. Lo apacible al tacto, la flexica, la robusta, la floreciente edad trocaron por la mugre; horrura, y hedor. Ellos, gozofos en las enfermedades, que casi siempre les quebrantan; suspiran por la eterna Patria; y con poderosos, è importunísimos gritos púlsan los oidos del Señor de Sabaoth, repitiendo à cada passo aquel clamor: *Ay de mí, que se alar- gó mi desierto!* Gloríanse igualmente en la fama, y en la infamias; y mas en el rigor del frio, en la penuria de las cosas, y en todo genero de molestias, quando sabiamen- te lo miran, que en los favores del vulgo, y en las vanas aclamaciones de los ignorantes y rudos Pueblos. Y, lo que es mayor que todo, violentandose, y venciendo superiormente à sí mismos, con ren- didísima sujecion; humillados en el espíritu, llenos de pavor; tem- blando no les suceda alguna ruina, quando menos lo imaginen; quebrantados en el cuerpo, sin fuerças, desvalidos, flacos, pallidos, consumidas las carnes: tanto se menosprecian por el amor de Christo, que cautivando todo el entendimiento en su obsequio; no se avergüençan de ser tenidos por necios, y despreciados por Christí- to. Obedecen al Apóstol, que dize:

Si alguno parece Sabio en este siglo,
 bagase necio, para ser en la realidad
 Sabio. Y al fin, aborreciendo lo vi-
 sibie de esta vida, pisan el mun-
 do, desprecian sus riquezas, y de
 dia en dia se preparan con mas fo-
 licito cuydado para la eternidad.
 Vés aqui el juicio que hago de es-
 tos Varones; de quienes no quie-
 ro pienfes, quedan cumplidamente
 expressados à la medida de sus
 meritos, sino que todo ha sido no
 mas, que vn ligero bosquejo, quan-
 to la angustia del tiempo brevissi-
 mo ha permitido. Entre estos son
 mas, que muchos, los que se ha-
 llan en la excelentissima pureza de
 vida, que acabo de escribir: los
 demás hazen vna vida buena; y to-
 dos à lo menos, no mala.

Con tan nervosa, y justificada
 defensa respiraron los Observantes,
 y emmudeció Poggio: aunque la
 emulacion de otros muchos no dexò
 de forcejar para acometernos
 con nuevo impetu; pero tambien
 con nueva ignominia suya, como
 consta de lo que dexo escrito en la
 Vida de San Juan de Capistrano; y
 constará mas en lo mucho que resta
 por escribir. No negaré, que en los
 tiempos de Poggio huvo entre noso-
 tros alguno, que, perdido el respeto
 à Dios, y à la Religion, maculò sus
 candores con la nota de torpes es-
 candalos: pero arguir de la malicia
 contingente de vn individuo, la sub-
 stancial de todo vn comun, es clasi-
 co deslumbramiento, de aquellos,
 que tienen concitado contra si to-
 do el poder de la razon, y las más
 de las plumas de los Santos Pa-
 dres.

La Familia; atenta à las pren-
 das de este su illustre Hijo, y obli-
 gada de sus finezas, le salió al en-
 cuentro, como Madre honorificada,
 poniendo en él los ojos, para hon-

rarle con las Prelacias mayores. Mu-
 rió el Reverendissimo Fray Guille-
 mo de Casali, Ministro General de
 toda la Orden; y sabiendo los Ob-
 servantes lo propenso que estaba el
 Papa àzia Fray Alberto, para poner
 en sus manos el Generalato, le hi-
 zieron Provincial de la Provincia de
 San Antonio; con la mira, de que
 sobre este titulo (no obstante los
 que en su virtud, y letras tenía) ca-
 yesse con mas decoro la Suprema
 Dignidad, que deseaban. No se le
 pudo dar à Eugenio Quarto noticia
 mas gustosa en las presentes circun-
 stancias, que la nueva eleccion de
 Provincial en Fray Alberto. En señal
 de que era así, confirmó la elec-
 cion, haziendole al mismo tiempo
 Vicario Generalissimo de toda la Or-
 den, hasta el Capitulo General, que
 se celebrò en Padua, en el qual tam-
 bien por su misma Bulla le constitu-
 yò Presidente, con facultad de con-
 vocar Conventuales, y Observan-
 tes al Capitulo. El designio del Papa
 en todos estos movimientos era, ir
 acercando al Siervo de Dios al Ge-
 neralato; por la firme esperanza, que
 tenía, de que estando en su mano el
 timon del Gobierno, avia de verse
 libre la Religion de las turbulencias,
 en que zozobraba; y que avia de ser
 este Varon Santo, aquella piedra, que
 vniesse los dos angulos de la Obser-
 vancia, y Conventualidad. Así lo
 dice expressamente el mismo Papa
 en repetidas Bullas, llenas de sus
 elogios, de los quales he puesto al-
 gunos à la margen, para satisfaccion
 de la curiosidad devota.

Con aprobacion de los Zelosos, y
 suma complacencia del Pontifice, go-
 vernò el Beato Alberto la Orden vn
 año: al fin del qual se convocaron en
 Padua dos mil Vocales entre Con-
 ventuales, y Observantes, para cele-
 brar el Capitulo Generalissimo. Presi-
 dió

*Tribuit autē
 nobis Alisij.
 mus, ut quano
 primum ea à
 nobis, in Vica-
 rium Ordinē,
 usque ad no-
 vum Genera-
 lis creationem
 creatus fuisse;
 magnam ex-
 inde habueri-
 mus consola-
 tionem cape-
 rimusque ia-
 telligere te,
 presante Do-
 mino, futurū
 lapidem illum
 angulare, qui,
 quod sepe, &
 aia diximus
 esse, quoniam
 quom coluqui
 potuisset, viti-
 que parietem
 coniunges, &
 utrumque, vni
 facies. Ex V.
 vading. ad
 ann. 1443.
 num. 5.*

*Cuius electio
 (Alberti) non
 parvum nobis
 consolatioem,
 ac letitiam at-
 tulit, cum vir
 copiosè in-
 tegrissimus, &
 principis eter-
 nitatis existat:
 & gravitate
 morum, & co-
 silio presone,
 ut longa expe-
 rientiā nobis
 innotuit, &
 Vvading ibi-
 dem num. 7.*

diendo en él el B. Alberto; como lo
 tenía determinado el Papa, se hizo
 notorio el deseo de su Santidad, de
 que se eligiesse en Ministro General el
 Vicario; por estar convencido, no sin
 fundamentos graves, à que este gran
 Varon era el que convenia para la
 gloria de Dios; paz, y esplendor de
 la misma Orden. Los Conventuales,
 que por vna parte tenían por igno-
 minia verse dominados de los Obser-
 vantes; y por otra, tenían que el zelo
 de Fr. Alberto no les echasse de sus
 relaxaciones, en que estaban bien ha-
 llados: apenas oyeron la proposicion,
 quando levantaron vn rumor desme-
 furado, que se temió no fuesse prelu-
 dio de algun rompimiento escanda-
 loso. Eran del cuerpo del Capitulo,
 por parte de la Observancia, los San-
 tos Bernardino de Sena, Capistrano;
 y Jacome de la Marca; y aviendo pro-
 testado, que nada menos querian que
 General de los Observantes, si su elec-
 cion avia de ser fomento de mayores
 discordias: se foflegò el rumor, y di-
 ron lugar à que hablasse el B. Alber-
 to. Quando los tuvo atentos, les di-
 xo con profundissima humildad: No
 permita Dios, Padres míos Reveren-
 dos, que en vez de ser yo la pie-
 dra angular de la vñion, sea la del
 escandalo, que motive nuevos tro-
 piezos. Ningun favor podrè espe-
 rar de V. PP. Reverendas mayor en
 mi estimacion, que el de atender
 mi inhabilidad, y flaqueza, para que
 compadecidos, y justos desvien de
 mis ombros vna carga, que solo
 imaginada, bruma. A este fin, quan-
 to es de mi parte, renuncio la voz
 palsiva, que me compete, y quales-
 quiera titulos, recomendaciones, y
 oficios, que puedan habilitarme al
 Generalato; empeñando mi pala-
 bra de interponerme con su Sant-
 dad, para desfarmar el enojo; de
 acabo se le puede ocasionar de no
 Parte V.

ver cumplido su deseo. Sobre este
 firme presupuesto (que hago can-
 didamente delante de Dios, à quien
 no le es oculto mi coraçon) pue-
 den proceder V. PP. à la eleccion
 con entera libertad; pues yo solo
 deseo la de mi espíritu, para entre-
 garme como inutil Siervo, y pobre
 Frayle menor à la observancia de la
 Regla. Como en estas palabras hab-
 blò el coraçon mas que la lengua del
 humilde Prelado, se logró el efecto
 de la paz, aun en esta dureza de aque-
 llos, que con más desentono de vo-
 zes explicaron sus desentellos afec-
 tos. Los demás sucesos de este Capi-
 tulo General continuarè, quando lle-
 gue à historiarlos. Agora concluyo, di-
 ziendo solo, que por el medio referi-
 do quedò el Siervo de Dios libre del
 Generalato; y mucho mas asegurado
 en los creditos de virtuoso: dexando
 à los futuros siglos en su exemplo fre-
 no para la ambicion, y espuela para
 la humildad.

Desembarzado de los cuydados
 del Gobierno, bolvió à entregarse to-
 do à las tareas del Pulpito; siempre
 con mayores creditos, y más colma-
 dos frutos. En fin, despues de aver
 dilatado por el mundo con sus escri-
 tos, Sermones; y trabajos la gloria de
 Dios, la de su Fè, la de su Nombre, la
 de la Iglesia, y la de nuestra Familia;
 pasó de esta vida à la Patria lleno de
 dias, y metecimientos; el año del Se-
 ñor de mil quatrocientos y cincuen-
 ta, dia, de la gloriosa Assumpcion de
 Maria Santissima, en el Convento del
 Santo Angel de Milán, donde se le diò
 honorifica sepultura. Luego que su
 bendita Alma se desató de las priso-
 nes del cuerpo, se manifestó à S. Juan
 de Capistrano en la forma de vna re-
 fulgente Estrella, que con la lengua
 de sus luzes le diò à entender la fel-
 icidad eterna, de que iba à tomar pos-
 selsion: Así queda referido en la Vi-

da del Glorioso Capitrano, Libro Primero, Capitulo treinta. Fuera de este testimonio de mayor excepcion, calificó el Señor las virtudes de su fiel Siervo con illustres milagros en beneficio de los Fieles, que velaban en su sepulchro: y vno, y otro autorizado en toda forma, tiene muy adelantada la causa de su Canonizacion en la Curia Pontificia.

Cornejo 4.
Part. Lib.
3. Cap. 7.

De este clarísimo Varon hazen memoria todos nuestros Chronistas, y muchos de los Estraños. Henrico Willott (à quien figuen despues el Erudito Possevino, y nuestros Rodulpho, y Arturo) le hazen natural de Milan, desposseeyendo de esta buena dicha à la Villa de Sarciano, que le dió el nombre. Pero nuestro illusterrimo Analista, fundado en vn antiquissimo Compendio, que halló de la Vida del B. Alberto, y en el conteste dicho de otros gravísimos Autores,

VIDA ADMIRABLE DEL BEATO Thomàs de Florencia: por otro nombre, de Escarlino.

CAPITULO IV.

SV FVVENTVD ESCANDALOSA,
y conversion peni-
tente.

EL Bienaventurado Fray Thomàs de Florencia, illustre competidor (como ya dexo dicho en otra parte) de San Bernardino de Sena en los milagros posthumos: es vno de aquellos gloriosos trófeos, que levanta la Bondad Divina en la flaqueza de nuestra Misericordia, y confianza de los mortales. Precipitóle el desbochado ardor de su juvenil edad en el

dexa à la retirada Villa de Sarciano en su feliz posesion. Entre los graves Hiltoriadores, que figuen esta sentencia, vno es Blondo en su Historia de Italia, donde señala la Patria con este elogio del Siervo de Dios: *Intra Clusium Sarcianum est Oppidum; Alberto Minorita Divinorum Dogmatum Prædicatori insigni Ornatum: En el territorio de Clusis está sito el Lugar llamado Sarciano, condecorado sumamente con Alberto Minorita insignie Prædicador de los Divinos Dogmas.* Lo que no tiene duda es, que todos los que escribieron de este Varon illustre, enfalçaron sobre todo en carecimiento la excelencia de su predicacion: y que es vno de aquellos Divinos Heroes, à quien la Familia de la Observancia debe veneraciones de Padre, y gratas correspondencias, por el infatigable zelo, con que defendió sus honores, y aumentó sus glorias.

perigroso golfo de torpezas, y desafueros; entre cuyos escollos huviera perecido infeliz, à no averle sacado libre el poder Divino con la virtud de su brazo; haziendo, que los mismos combates de la tormenta le arrojassen al puerto del desengaño: donde, llorando sus culpas, y exercitando virtudes, quedó hecho confuelo de pecadores, y prodigio del mundo.

Fuè la Patria de este varon prodigioso Florencia; cuyo nombre (aun sin eltrivar en el sonido de la voz) es florida corona de sus blasones. En esta Ciudad vivian los Padres de Thomas tan desfavorecidos de la for-

fortuna, que para pasar la vida con christiana decencia, sin perjuicio de los proximos; profesaroo vn officio sumamente humilde, segun el ingenioso testimonio de nuestro illustre Wadrigio. Despidió el Cielo este desden de la suerte, con el fruto felicissimo de bendicion, que les dió en dos hijos; de los cuales ambos supieron ilustrar la obscuridad de su origen, con el resplandor clarissimo de sus virtudes. Para exercitarlas, se acogieron vno, y otro al abrigo del Padre de los humildes N.S.P. S. Francisco: Thomas en su Primera Orden; y el otro (conocido solo por el nombre del *Hermano Pecador*) en la Tercera de Penitencia, como escriviré à su tiempo mas largamente. No falta Autor, que quiere sea el B. Thomàs hijo de nobles Padres; y mi genio abrazaria sin dificultad esta sentencia, si la viese fundada sobre aquel apoyo solido, que pide la candidez de la Historia: pero sin este apoyo, mas quiero dexar al Santo humilde con la verdad, que noble por adivinacion. Fuera de que mirado con desengaño; la obscuridad de la sangre en el hermoso rostro de la virtud, mas es lunar, que la agracia; que sombra, que la ofusca. Ni en los Varones de mayor magnitud, como nuestro Thomàs, y otros semejantes, se echa menos el lustre de la prosapia; quando à esfueros de heroicas, y repetidas hazañas, se hallan coronadas de inmortales glorias. No, emperò, por esto dexo de estimar en mucho aquel hermoso maridage de la nobleza con la virtud; pues es cierto se le aaden no se que fondos à esta, quando se ve engastada en aquella: solo digo, no debe perder el diamante la estimacion debida à sus fondos, por carecer del exterior adorno de los engastes. Sin embargo de esta verdad calificada en el juycio de los mas sabios Philosophos, no lo-

ang Parte V.

garia en estos tiempos nuestra Observancia la gloria de tener por hijo al B. Thomàs porque ha muchos años que con maduro acuerdo prohibió dar el Abito à Hijos de Padres, que exercen, ó han exercido en la Republica officios demasadamente indecorosos.

Los Padres, en fin; del B. Thomàs; aunque abatidos por la baxeza de su fortuna, se hazian estimar de todos por el exemplo de su piedad Christiana; y segun ella procuraron educar sus hijos en el santo temor de Dios. Era Thomàs de gallarda disposicion; de ingenio trabieffo, de coragoso; y luego que comenzó à hervir en las venas el ardor de la juventud, rompió las ataduras de la na educacion, con que sus Padres le tenían reprimido. Entrégose del todo al exercicio de aquellas habilidades, que frisaban mas con el aumento de su genio; como eran; jugar la espada, y la pelota, tirar la ballesta, y la escopeta; correr, saltar, hazer mal à los cavallos, seguir vn javali, y otras cosas à este modo, que son efembeles de los mozos; y la ocasion de infinitas fatalidades. En el manejo de las armas con especialidad se hizo tan señalado, que apenas avia penedencia que no rinesse, ni duelo en que no entrasse su espada; hasta hazerle temer aun de los mas temerarios. Esta fama le juntó muchos amigos de su jaez, que le reconocian por Cabeza; y que con el contagio de sus perversas costumbres le llevaron desde las diversiones vanas, à las torpes, y escandalosas.

Viendole tan acreditado de valiente vn Cavallero principal de Florencia, negoció con el, que le guardasse las espaldas à la puerta de su Dama; à quien; no sin grave peligro de la vida, hablaba todas las noches. Los lanceos, que en este tiempo con-

V 2

ti-

tinuado por largo tiempo, se ofrecieron à Thomàs, fueron muchos: y en todos mantuvo el pueſto con tan arreſtada temeridad, que fueron pocas las vezes, que fallieron ſin heridas los competidores. En vna, empero, de eſtas refriegas cargaron tantas eſpadas ſobre el, que aunque ſe deſembarazò de todas, lloviendo cuchilladas en ſus contrarios, quedò herido mortalmente, y pudo atribuirſe a millagro ſu curacion. Dormia el deſengaño con profundo letargo en el coraçon de Thomàs; y ni todo el golpe de eſta deſgracia, aunque tan fatal, fuè baſtante à despertarle para el arrepen- timiento. Reſtituido à la ſalud, y mal eſcarmetado, continuò ſu loca temeridad en obſequio del Cavallero: yà fueſſe que Thomàs hizieſſe pundo- nor la ofſadia, yà que ſiguieſſe el ardimiento, à que facilmente le llevaba ſu inclinacion. Queriale Dios para ſi, y empeñada ſu Miſericordia en ponerle en acuerdo con el cauſtico de los eſcarmientos, bolvió à repetir los golpes. Imputaronle falſamente cierta alevofia, que ſe avia cometido en la Ciudad, quedando el agraſor oculto: por cuya razon hazia vivas diligencias la Juſticia, para echar à Thomàs la mano, aunque no ſin el temor de ſus arreſtadas temeridades. Suponia mucho para con el Juez de la cauſa el Cavallero, à quien Thomàs acompañaba en ſus empeños: en cuya ſupoficion llegó à hablarle, para que, atendida ſu juſtificacion, ſe interpuſieſſe con el Juez, y ſuavizaffe la materia. Quando hizo eſta diligencia eſtaba converſando el Cavallero con otros de la primera diſtincion de aquella Ciudad; y avergonçado de que à viſta de ellos le hablaffe vn hombre de tan baxa ſuerte, y de tan mala fama, le echò de allí con confuſion, cargandole de baldones. La monſtruofidad, que ſe repreſentò à

Thomàs en la mas que ingrata correſpondencia del hombre, le dexò el coraçon para los impetus de la ira: y quando lo repentino del caſo diò lugar à que ſe deſtaſſe del paſmo, fueron del deſengaño todos los movimientos; y reſoluciones, que huvieran ſido naturalmente de la vengança, à no eſtar enſrenada yà con la fuerça de los Divinos auxilios. Qué paſſa por mi, Dios mio! (dixò deſfogando ſu dolor) eſte el pago, con que los hombres correſponden à las finezas? Eſte el premio de la ſangre, que largamente deſperdiçie por vn hombre? Aventura la vida por aſſegurarle el guſto, y me ſatisface con vn deſprecio? Eſto poſſible? Eſ ſuceſſo, ò eſtillion? Cabe tal ingratitud, no digo en la verdad; pero ni en el pensamiento? Mas ay de mi, Dios mio! y quan injuſtos ſon mis luſpuros; no mereciendo, como no mereçen, correſpondencias mejores, tan ciegas, tan locas temeridades. Y pues ya no me queda más recurso, ni tu Miſericordia, ni mas remedio que la emmienda; yo la propongo de todo mi coraçon, aſſitido de tu ſantiſſima gracia, haſta dár por tu amor la vida; y borraré mis culpas, no ſolo con el agua de mis ojos, no ſolo con la ſangre de mis venas; ſino (ſi fuera poſſible) con la ſangre misma del Alma. Si Dios mio, ſi Dios mio; que quien aſi derramò ſu ſangre por vn vil hombre para el eſcandalo: eſ juſto, eſ juſtiſſimo, que la derrame millares de vezes por ſu Dios para el exemplo. Rotas ya con tan claros deſengaños las vendas, que le cegaban, y las araduras, que le detenian, tratò de mudar de vida, entregado todo à los exercicios de la penitencia. Pero conſiderando no podia tomar de ſcuydadamente alguna de aquellas

grandes reſoluciones, que ya ſu ardimiento començaba à fabricar impellido de la gracia, ſi primero no ſe deſembarazaba del crimen impueſto: ſe preſentò con inrepida animoſidad ante el Juez, aſſegurandole hallarſe innocente en el delito, que ſe le imputaba; pero que eſtaba prompto à ſujetarſe à la pena, ſi concludido el proceſſo, reſultaba culpado: y que ſolo le pedia dieſſe calor à las diligencias. Hizolo aſi el Juez; y en breves dias, purgado de los indicios Thomàs, le declarò innocente: con que ſe viò deſembarazado para aplicarſe à las meditadas reſoluciones de ſu conſersion.

Entre eſtas, deſpues de aver eſcudriñado con muy detenido examen los mas ocultos ſenos de ſu conciencia, fuè la primera diligencia buſcar vn docto, y eſpiritual Confeſſor, à quien, anegado en lagrimas, deſcubrió ſu pecho, haziendole parentes todas las heridas, y enfermedades del Alma. Sentado eſte ſolidiſſimo fundamento de ſu conſersion; ſin el qual ſuelen ſer fabrica ſobre arena todos los demás exercicios penales: puſo ſu Alma enteramente en las manos del Prelado de vna Santa Congregacion, llamada de *San Geronimo de Cippo*, que por aquel tiempo florecia con muchos creditos en la Italia; ſiendo ſu Inſtituto aplicarſe à la direccion de aquellos dichos pecadores, que tocados del deſengaño, reſolvian ſeguir à Chriſto por el camino de ſu Cruz. Al Prelado, pues, de eſta Congregacion entregò Thomàs ſu eſpiritu con ciego, y abſolutiſſimo rendimiento, para que por los medios mas ſeguros, aunque fueſſen los mas arduos, le encaminaffe à Dios. Era el Prelado Varon muy eſpiritual, y de largas experiencias en la Myſtica; y aviendo ſon- dado la valentia de aquel eſpiritu, le ſeñalò el methodo de vida, que le

convenia por entonçes. Aplicòſe Thomàs al cumplimiento de la doctrina con tan eſtraño fervor, que à breves dias era yà el exemplo de Florencia: No le veian ſino en el Templo, y en los Hoſpitales: ſus armas eran el roſario, y las diſciplinas: ſus regalos, el ayuno: ſu diverſion, el ſilencio. Explicaba à todos el dolor de ſus paſſados eſcandalos, mas con lagrimas, que con palabras; y dezia ſu llanto, lo que no cabia en la lengua. En, ſin; en la humillacion de ſu eſpiritu, en lo deſpreciado de ſu veſtido, en lo inculto de ſus cabellos; en lo eſqualido de ſu barba, en la ſumiſſion de ſu voz, en la modeſtia de ſus ojos, en lo conſumido de ſus carnes; en lo lloroſo de ſu ſemblante, en la amarillez de ſu roſtro: traia delineada à la viſta de todos la viva imagen de vn pecador arrepen- tido.

Cooperaba ſielmente Thomàs à los auxilios de la gracia; y eſta ſe apoderò tan del todo del ardimiento del natural, que le hazia, no correr, ſino bolar à lo remontado de la perfeccion. Era en la oracion fervoroſo, y continuo; y en breve tiempo llegó en ella à grado tan ſuperior de vnion con el Summo Bien, que no pudiendo reprimir dentro de ſu coraçon, au- ſiendo tan capáz, los impetus del eſpiritu, padecia publicos, y frequentes raptos, levantandole de la tierra mas de vn eſtado en el ayre. Eſta maravilla junta con el teſon de vida retirada, y penitente, en que perfeveraba inflexible, le negociaron la eſtimacion de Florencia, y ſu comarca, venerandole ya como Santo; al que antes abominaban como infame, y eſcandaloso. Nadie deſconſie; que aſi ſabe, y puede trocar el coraçon del hombre la diestra del Altíſſimo.